

LIBROS

RECENSIONES

*Un viaje por Aragón en 1913**

Henos aquí ante la primera traducción al castellano de la obra de un curioso, un tanto impertinente, esquivo y sagaz viajero francés por la España de comienzos del novecientos, acerca del cual en vano buscará referencias el lector en las recopilaciones al uso. De no ser por la erudición de Eloy Fernández Clemente —responsable de la introducción y de las notas a la edición—, es probable que la obra española de Jacques Valdour —seudónimo que encubre la personalidad de Louis Martin— durmiese todavía su sueño de polvo y olvido en los anaqueles de unas pocas bibliotecas españolas. Y de no ser por el afortunado rasgo de humorismo que parece haber acompañado a los editores, es probable que esta obra —la de un sesudo sociólogo y doctor en leyes por la Sorbona— no hubiese visto la luz en una colección *de viajes*, en la hermosa y cuidada de “Viajes y viajeros” que patrocina la Diputación General de Aragón.

El volumen recoge, precisamente, el capítulo correspondiente a esta región de la obra en dos volúmenes que, bajo el título de *L'ouvrier espagnol: observations vécués*, Jacques Valdour daba a la imprenta en 1919 (París: Arthur Rousseau), y que, en el marco más general de la serie “La vie ouvrière: observations vécués”, su proyecto intelectual de conjunto, reunía sus andanzas de *enquêteur* por diversos ambientes obreros españoles, desde Cataluña (Barcelona, Badalona) hasta Andalucía (Sevilla), pasando por Aragón, Madrid y el País Vasco (Bilbao, Deusto, La Arboleda, Eibar). Si hemos de dar crédito a sus palabras, el viaje realizado en los años 1912 y 1913 —un par de años después tan sólo del efectuado por su compatriota y, en parte, colega Angel Marvaud (véase A. Marvaud. *La cuestión social en España*. Madrid: Revista de trabajo, 1975; edición a cargo de J. J. Castillo y J. M. Borrás)—, parece haberlo

enfrentado con una coyuntura social y política particularmente agitada, dominada por el fantasma de las huelgas y, sobre todo, por los ecos anticlericales de la Semana Trágica. Una coyuntura ante la que nuestro hombre debió sentirse extremadamente sensible, próximo como se encontraba a las corrientes más integristas y ultramontanas del pensamiento social reaccionario del momento francés y, muy especialmente, a aquellas que encontraban en Le Play y su Ecole de la Paix Sociale los fundamentos teóricos para leer la *question sociale* en términos de problema *moral* y, en última instancia religioso.

Sin ser del todo despreciable esta peculiar visión —por cuanto, al igual que en el caso de Le Play, dota a la mirada del observador de una peculiar *extrañeza* que no desfavorece su penetración—, no es ella, sin embargo, la que, para un lector actual, ofrece un mayor atractivo e interés. Radican éstos, más bien, en la reflexión acerca de aquella extrañeza, en la formalización de aquella otredad: en el método, en suma, por medio del cual Valdour trueca sistemáticamente el imposible espejo stendhaliano en *mirada* propiamente dicha.

A la elaboración de ese método es a lo que nuestro impenitente viajero se había aplicado en su librito titulado *La méthode concrète en science sociale* (París: Arthur Rousseau, 1914). Su propuesta al respecto arraiga, sin ningún género de dudas, en el linaje del “método monográfico leplayano —que tantos puntos de contacto presenta con el de la entonces joven geografía regional francesa— y, por ello mismo, se aleja cuanto puede de las, a su juicio, abstracciones de la economía política y de la sociología durkheimiana. Pero se distancia igualmente de Le Play por cuanto estima que éste, “en sus encuestas, se proponía analizar el resultado de la actividad humana bajo determinadas condiciones, y no sorprender el juego de esta misma actividad en su origen y en su desenvolvimiento, es de-

* VALDOUR, Jacques: *El obrero español: Aragón*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1988, 143 pp.

cir, al hombre mismo en su relación con el medio en el que vive y con el objeto al que aplica su esfuerzo productor". Para ello —sigue argumentando Valdour—, para asegurarse la posibilidad del "estudio vivo de fenómenos vivos", el observador debe —sin olvidar la documentación convencional— introducirse en "la realidad que observa dentro y fuera de sí", devenir lo que hoy no dudáramos en calificar de un *observador participante*. Convencido de que, "para ser completamente objetiva, la ciencia social debe, en parte, ser tratada subjetivamente —afirmación que, sin duda, no dejará de resultar grata a tanto geógrafo e historiador como hoy redescubre la fenomenología—, Valdour parece haberse propuesto "confundirse con los obreros viviendo y trabajando como ellos; [...] tomar nota de las conversaciones, los hábitos, los placeres, las opiniones, los recursos, las necesidades y las tristezas de sus compañeros de trabajo; describir su taller, su vivienda, el marco de sus vidas; dibujar, al mismo tiempo que este medio real, a los individuos reales que viera moverse en él, esforzándose por conservar en los hechos todo su color y movimiento".

Y color y movimiento no es precisamente lo que falta en el centón de informaciones que, en medio de las un tanto atrabiliarias y siempre desafortunadas digresiones político-morales, constituyen los magníficos *cuadros* que, en su periplo aragonés, nos ha dejado de su paso por los viñedos de Ateca y Morata (en donde, lamentablemente, los ecos de la crisis filoxérica de 1905 le impiden encontrar empleo), por las calles de Zaragoza (en donde es empleado en un taller de curtidos), por una fábrica de papel en Montañana y, finalmente, por las minas de lignito de Utrillas. Sin olvidar, claro está, las largas caminatas a pie, a las que debemos las luminosas descripciones y los excelentes análisis de un paisaje que, leído en clave norafricana, parece organizarse en torno a la machaconamente reiterada oposición de desiertos extensos y vegas lineales, —una oposición únicamente rota, a trechos, por las paredes de adobe enjabelgado de los pueblos.

Y todo ello, traspasado por una mirada insistente, escudriñadora; una mirada que no olvida contar las personas asistentes a un mitin obrero o las presentes en la penumbra de una iglesia; que toma nota cuidadosa de las diferencias en el vestir de los trabajadores (el mahón azul del obrero frente a la pana campesina), de las comidas y de sus precios, de las posadas y los suyos; que discrimina con agudeza entre la emigración definitiva hacia América y la estacional hacia los viñedos franceses o hacia la construcción urbana, entre la inmigración cualificada o la de aluvión, descualificada, hacia las minas; que observa con detalle la organiza-

ción de los trabajos, los hábitos laborales y, sobre todo, las conversaciones de los trabajadores; que penetra en los entresijos de las relaciones laborales y en el no siempre diáfano panorama de las corrientes sindicales de la época; que dibuja con primor las muy diversas pautas de empleo del tiempo libre de los trabajadores campesinos, de los mineros y de los obreros urbanos; que lee cuanto cae en sus manos —periódicos y carteles, sobre todo— y nos informa de lo que leen los demás; que, como Le Play —pero también como nuestro Costa— sabe ver, más allá de las laderas peladas y de los desmesurados cauces de los ríos, la dura herencia de las desamortizaciones decimonónicas y del centralismo liberal. Que reconstruye para nosotros, en suma, algunas de las piezas esenciales de los complejos culturales que contribuyen a especificar y diferenciar —espacial y temporalmente— los muy cambiantes *géneros de vida* de los aragoneses de hace tres cuartos de siglo.

Por lo demás, la pulcra y fluida traducción del original francés, a cargo de Teresa Labay Matías y José Ramón Giménez Corbatón, nos entrega un Valdour en cuya prosa los valores literarios —"azorinianos", en apreciación de Eloy Fernández Clemente— no ocupan precisamente el último lugar.—
JOSE SIERRA.

*La propiedad inmobiliaria en la Geografía Urbana**

Hay elementos del espacio geográfico que no tienen una expresión paisajística directa y, sin embargo, los hechos carecen de completa explicación sin ellos. La estructura de la propiedad inmobiliaria, sus transformaciones y el papel que desempeña en la transformación del espacio urbano pertenecen a ese entramado de relaciones y estrategias que permanecen invisibles en el análisis icónico y factual de la realidad geográfica. M. Tatjer en el libro reseñado nos desvela, a través de la propiedad, el trasfondo económico y social que subyace en la trama urbana.

La realización de un trabajo anterior no exime a la autora de realizar nuevas indagaciones, que ahora coinciden con las investigaciones de otros estudiosos, sobre los orígenes de este barrio barcelonés. Su urbanización definitiva se realizó a partir de 1749 por iniciativa del Capitán General Marqués de Mina (anteriores eran los proyectos de Verbomm —1718— y el del Arsenal, 1743-45) sobre un arenal poblado de barracas, al mismo tiempo que se impulsaban otros conjuntos portuarios como base

* TATJER MIR, Mercedes: *Burgueses, inquilinos y rentistas. Mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórico de Barcelona: La Barceloneta, 1753-1982*. Madrid,

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988, 400 págs.